Dios y su providencia ante el sufrimiento humano

Ángel Castaño Félix
UNIVERSIDAD SAN DÁMASO
MADRID

RESUMEN El AT es testigo de la progresividad de la Revelación, de la pedagogía divina sobre el mal que daña al hombre y es causa de sufrimiento. La primera parte de este artículo es un recorrido por la Escritura viendo cómo la Revelación va corrigiendo las perspectivas equivocadas del pueblo de Israel hasta llegar a la plena luz de la Revelación en Jesucristo, última Palabra de Dios también sobre el sufrimiento del hombre, el mal presente en la historia y la acción de Dios presente en la historia. A la luz de estos datos, la Iglesia ha ido precisando la noción de Providencia divina, que constituye la segunda parte de este artículo. En medio de las trágicas circunstancias de nuestro tiempo, la fe en la Providencia nos mueve a confesar la fe con confianza y a cooperar con Dios en su acción salvífica.

PALABRAS CLAVE mal, sufrimiento, castigo, justicia, amor, Providencia divina, Predestinación

SUMMARY *The OT is a testimony to the progression of Revelation, a divine pedagogy on how evil damages man and causes suffering. The first part of this article is a survey of Sacred Scriptures, showing how Revelation corrects wrong perspectives of the people of Israel until it reaches the fullness of Revelation in Jesus Christ, the ultimate Word of God on the suffering of man, the evil present in history and God's action present in history. In the light of these data, the Church has been clarifying the notion of divine Providence, which constitutes the second part of this article. In the midst of the tragic circumstances of our time, faith in the Providence of God moves us to confidently confess our faith and to cooperate with God's saving action.*

KEYWORDS *Evil, suffering, punishment, justice, love, Providence, Predestination.*

I. INTRODUCCIÓN

Jesús recriminó a los fariseos y saduceos que no fueran capaces de discernir los signos de los tiempos (cf. Mt 16,3), cuando acudieron a pedirle un signo del cielo. les responde que el único signo que se ofrecería a aque-

lla generación sería el signo de Jonás (Mt 16,4). En otros lugares, él mismo explica a qué se refiere con esto: bien a su muerte y resurrección, bien a su misión de predicar el Evangelio (cf. Mt 12,40-41). En estas palabras de Jesús, los "signos de los tiempos" aluden, por tanto, al signo que Dios dio a aquella generación, no otra cosa que su Hijo mismo enviado a la carne para anunciar el Evangelio y realizarlo en plenitud con su muerte y resurrección. El "signo" es, pues, Cristo en cuanto realización plena de la presencia y de la acción de Dios en la historia de los hombres. En todo tiempo y en toda circunstancia, Jesús será el "signo" que hay que descifrar para interpretar el presente histórico –cada presente– a la luz de su verdad (cf. Jn 8,12; 9,15).

Se trata entonces de la capacidad de leer los acontecimientos históricos descubriendo en ellos el modo en que Dios se hace presente en orden a la salvación. Seguramente se debe a Juan XXIII la recuperación de esta noción: signos de los tiempos. Él la utilizó en la Constitución Apostólica *Humanae Salutis* con la que convocaba el Concilio Vaticano II. Entonces el santo Papa hablaba de una situación trágica para la humanidad: "La Iglesia asiste en nuestros días a una grave crisis de la humanidad, que traerá consigo profundas mutaciones. Un orden nuevo se está gestando, y la Iglesia tiene ante sí misiones inmensas, como en las épocas más trágicas de la historia"[1]. En este contexto añadía:

> La visión de estos males impresiona sobremanera a algunos espíritus que solo ven tinieblas a su alrededor, como si este mundo estuviera totalmente envuelto por ellas. Nos, sin embargo, preferimos poner toda nuestra firme confianza en el divino Salvador de la humanidad, quien no ha abandonado a los hombres por Él redimidos. Más aun, siguiendo la recomendación de Jesús cuando nos exhorta a distinguir claramente los *signos... de los tiempos* (Mt 16,3), Nos creemos vislumbrar, en medio de tantas tinieblas, no pocos indicios que nos hacen concebir esperanzas de tiempos mejores para la Iglesia y la humanidad[2].

Los tiempos que vivimos 60 años después de aquel documento, firmado el 25 de diciembre de 1961, no son menos trágicos que aquellos. El proceso

1 Juan XXIII, Constitución Apostólica *Humanae Salutis* (25-XII-1961) 3.

2 *Ibid.*, 4.

de descristianización ha seguido adelante al menos en el primer mundo. La correlativa deshumanización en muchos ámbitos de la cultura, de las relaciones sociales y políticas ha avanzado como un aluvión y genera múltiples injusticias, migraciones, pobreza endémica amenazando al desarrollo humano integral[3]... Y a todo ello se ha añadido, como un tsunami, la pandemia originada por el SarsCov2, creando una situación desconocida para esta generación y dejando tras sí una oscura estela de muerte, sufrimiento, desesperanza... aunque también el admirable testimonio de la grandeza del hombre que destaca en múltiples respuestas generosas y heroicas por parte de muchos, el esfuerzo científico y técnico, el trabajo admirable de los sanitarios conscientes de su responsabilidad y de su misión, el esfuerzo y trabajo de sostener la fe, la esperanza y la caridad de muchos cristianos (sacerdotes, religiosos, consagrados y laicos) y tantas otras iniciativas, más anónimas pero también reales, de servicio desinteresado y amoroso a los "prójimos" que han encontrado en el camino de sus vidas.

Para la Iglesia y los cristianos, se impone la necesidad de leer esta historia viendo de qué modo Dios se hace presente. Esto se traduce, inicialmente, en una pregunta sobre Dios mismo en relación con el mundo. ¿Realmente Dios gobierna el mundo? Y si es así, ¿cómo juzgar compatible la crisis actual con tal gobierno de Dios? ¿Actúa Dios en este tiempo, habla o guarda silencio? Es la pregunta inevitable y sincera que se hacen los creyentes, obligados una y otra vez a repensar la fe, a no dar por sentadas todas las cosas, a hacer propia –tarea de cada generación– la fe viva que nos han legado nuestros mayores. Es, sobre todo, la pregunta angustiosa de los que sufren en el cuerpo y/o en el espíritu, envueltos en el miedo y la desesperanza.

No pretende este artículo, en este contexto, entrar propiamente hablando en el terreno de la Teodicea y sus argumentos clásicos. Con un objetivo más humilde pretende, a la luz de la Revelación y de la Tradición, esclarecer el misterio de la Providencia divina, con la simple intención de mostrarla en su verdad, saliendo al paso –también– no sólo de aquellos que niegan la intervención real de Dios en la historia, sino también de aquellos profetas de "calamidades" –*providencialistas*, en rigor– que incluyen fenómenos como la pandemia en el catálogo de las obras que Dios quiere positivamente y, por tanto, ejecuta para enseñar, corregir y castigar a los hombres por sus pecados

3 Cf. Francisco, *Carta Encíclica* Laudato si' (24-V-2015) 109.

y atraerlos así a la conversión. La pregunta por la Providencia divina no es sólo una pregunta sobre Dios, porque implica también una idea sobre el mundo, su perfección y su progreso y también de cómo el hombre está llamado a actuar en el uso de su libertad.

Seguiremos aquí el camino trazado por la Tradición: escuchar primero la fe de la Iglesia que bebe de la Revelación, sobre todo en la Sagrada Escritura; sondear después a algunos –los principales– de los que han reflexionado sobre la Providencia divina. De ellos aprenderemos a reconocer el lugar y la acción de Dios en nuestros tiempos[4].

II. LA JUSTICIA DE DIOS Y EL SUFRIMIENTO HUMANO EN EL AT

No hay en hebreo una noción que pueda decirse sinónima de la "providencia". En su versión griega, *pronoia,* solo en dos textos: Sb 14,3; 17,2. Pero toda la historia de Israel atestigua que Dios ha actuado en su historia, ha intervenido en los grandes acontecimientos que recuerda agradecido, como atestiguan –por citar solo algunos textos– el cántico de Moisés (Dt 32), innumerables salmos (18, 68, 77, 78, 105, 135, 136 entre otros).

Los numerosos textos del AT que se pueden citar enunciando formalmente esta certeza vienen corroborados sobre todo por los acontecimientos que los inspiraron: comenzando por la elección de Abrahán hasta la vuelta del exilio bellísimamente tratada por el Dt-Isaías, como un nuevo Éxodo, más maravilloso que el primero. En ellos apreciamos la voluntad benevolente de Dios hacia su pueblo, voluntad que se expresa en sucesivas intervenciones en su historia (la liberación de la esclavitud, el paso del Mar Rojo, la Alianza en el Sinaí, el camino glorioso de la vuelta a Jerusalén tras el exilio...) pero también, en aparente contraste, Dios se revela como el autor de las plagas que asolan a Egipto o del abandono de Jerusalén (cf. Jr 7,20; 9,10-15), arrasada junto con su templo por Nabucodonosor. Dios conduce la historia. Sin duda,

4 Sigo también en este planteamiento lo que afirma la Comisión Teológica Internacional en *Cuestiones selectas sobre Dios Redentor* de 1994: "En realidad, para la revelación bíblica, y por tanto para la fe cristiana, conocer a Dios es confesarlo sobre la base de lo que él mismo ha hecho por los seres humanos, revelándolos plenamente a sí mismos precisamente en el acto de revelarse a Sí mismo a ellos, precisamente entrando en relación con ellos: estableciendo y ofreciéndoles una Alianza, y llegando, para alcanzar este objetivo, hasta entrar y encarnarse en su misma condición humana" (n. 38).

algunas de sus terribles intervenciones –según el AT– nos plantean serios interrogantes acerca de la responsabilidad directa de estos acontecimientos catastróficos. No es ahora el momento de responderlos, pues semejante tarea es sólo posible a la luz del cumplimiento de la historia de Israel en Jesucristo, que nos da a conocer al Padre (cf. Jn 1,18) en toda su verdad. De cualquier modo, a partir de esta historia queda claro que Yahveh no es un Dios ausente y pasivo se muestra cercano a su pueblo con una solicitud que abarca a todos los hombres de todos los pueblos.

1. EL MAL PRESENTE EN LA CREACIÓN DE DIOS Y EN LA ALIANZA

Ya desde la primera página del Génesis se aprecia que el Dios bueno es el autor de una creación buena. Las obras de Dios, al término de cada día, son calificadas como buenas (cf. Gn 1,4, 10, 12, 18, 21, 25) y la del último día, el hombre, como muy buena (cf. Gn 1,31). No hay en el relato elohista espacio para el mal, puesto que Dios es autor único y absoluto de todo lo que llega a ser y en sus obras no hay maldad. Es el relato yahvista el que explica el mal como originado no en Dios sino en otra criatura, la serpiente, que tentando al hombre lo hace pecar (cf. Gn 3,1-8). Quien "crea" el mal es la criatura en la medida en que se separa del bien absoluto que es Dios mismo, anticipando así –aunque no formal ni explícitamente– lo que después se afirmará acerca del mal como ausencia –y en este caso abandono– del bien. Como si el mal se introdujese en el espacio vacío que el hombre deja al romper con Dios.

Gn 3 es fiel reflejo también de la mentalidad israelita que no distingue con claridad el mal moral del físico: éste último es consecuencia del primero, sobre todo en la tradición deuteronomista. El pecado original, por tanto, es causa no sólo de la separación de Dios indicada en el hecho de que el hombre, ahora, se esconda de Dios movido por el miedo (cf. Gn 3,9), sino del deterioro de las relaciones interpersonales y la división de los pueblos (cf. Gn 11), sino también el deterioro de la creación, del hogar del hombre (cf. Gn 3,17-19; cf. Rm 8,20.22).

Si el mal físico que sigue al pecado es positivo castigo de Yahveh o consecuencia del mal introducido por el hombre no puede ser dilucidado, a mi entender, a partir sólo del texto del Génesis. El sentido último de todo se ilumina en Cristo, en su muerte y resurrección.

No obstante, es preciso reconocer que los códigos legislativos que recoge el Pentateuco establecen una relación causal entre el mal moral y el mal físico. Éste último es considerado castigo divino, así como los bienes físicos y temporales son premio por la justicia. Basta leer con atención la lista de las bendiciones (salud, riqueza, descendencia numerosa, vida larga...) que esperan al justo y las maldiciones (carestía y escasez, toda clase de enfermedades, fracaso...) que recibirá el impío según Dt 28.

Es cierto que estos "códigos" de bendiciones y maldiciones encuentran claros y evidentes paralelos en la literatura asiria[5], pero su vinculación a la Alianza los convierte en testigos de la pedagogía divina. En primer lugar, porque –dirigiéndose a un pueblo que todavía no ha recibido la revelación de la vida eterna tras la muerte– revela la malicia del pecado por sus consecuencias intrahistóricas pero, sobre todo, porque son promesas destinadas a entrar en conflicto con la historia real. Este conflicto provoca una reflexión que llevará al pueblo –de la mano de Dios– a superar la lógica de la Alianza, la lógica del pacto según la cual, si se merece el castigo como consecuencia del pecado, entonces también se merece la bendición de Dios, que quedaría en cierto modo obligado a bendecir por su propia promesa.

En los Sapienciales y en muchos Salmos aflora la experiencia desconcertante de que las promesas de Dios sobre el premio de los justos y el castigo de los impíos no se cumplen realmente, dado que los impíos prosperan y el justo experimenta la carestía, la enfermedad o la muerte prematura: Qo 7,15; Sal 44,8ss; Sal 73,3-11; al 3,15... Este encuentro –casi choque– entre la promesa y su incumplimiento provoca a Israel, a buscar respuestas al conflicto, que irán siendo confrontadas y corregidas por la progresiva Revelación de Dios.

Un primer intento de solución –a partir de la idea asumida de que el mal físico (enfermedad, esterilidad, muerte prematura, etc.) es consecuencia del pecado– consiste en afirmar que la justicia de Dios traspasa las generaciones: el Señor Dios castiga el pecado de los padres en los hijos hasta la tercera y cuarta generación (cf. Ex 20,5). El noble principio de la solidaridad colectiva del pueblo explica esta primera respuesta que será finalmente desmentida por Dios mismo a través de su profeta: "Aquellos días ya no se dirá: 'Los padres comieron agraces y los hijos tuvieron dentera'. Cada cual morirá por su pecado, quien coma agraces tendrá dentera" (Jr 21,39; cf. también Ez 18).

5 Cf. nota a pie de página a Dt 28,27-35 de la Biblia de la Conferencia Episcopal Española (BAC, Madrid 2014) 276.

Invalidada por los profetas esta respuesta –aunque no desapareció del todo como atestigua el comentario de los apóstoles sobre el ciego de nacimiento (Jn 9, 1-3)–, Israel se ve obligado a enfrentarse más claramente con el misterio de la libertad de Dios: ¿Es Dios justo castigando al inocente? ¿Se ha olvidado de sus propias promesas? ¿Acaso no tiene poder para cumplirlas? Es relevante, a mi modo de ver, que la simple afirmación de que el mal físico es un castigo divino provoca una especie de cortocircuito, en la medida en que en este mundo sufren también los inocentes y esto pone en cuestión la imagen de Dios y las razones de su actuar aparentemente ilógico, infiel a lo prometido y sospechoso de injusticia.

2. JOB, UN PASO ADELANTE EN LA CONSIDERACIÓN DEL SUFRIMIENTO DEL JUSTO

Este es el contexto que explica el libro de Job que, en sus propias páginas, es testigo de la tesis tradicional pero también de la necesidad de que sea superada. Job 3,1–42,6 representa la crítica más severa a la tesis clásica de la retribución, al modo en que Dios imparte en el mundo su justicia. Esta es la razón del gran alcance teológico del libro, pues las quejas de Job se dirigen a Dios mismo, que es quien lo ha llagado y ultrajado:

> ...sabed que Dios me ha hecho daño, que me ha copado en sus redes. Si grito "Violencia", no oigo respuesta; imploro "Socorro", pero no hay justicia. Ha vallado mi camino para que no pase, ha velado mi senda con densa oscuridad. Me ha despojado de mi honor, dejando mi cabeza sin corona. Me socava por doquier y me deshago, ha arrancado la raíz de mi esperanza. Ha atizado su cólera contra mí, me tiene como un enemigo (Job 19, 6-11... se podrían citar muchos otros textos con la misma idea).

Si habiendo cumplido los preceptos de la ley Job podía esperar de Dios las bendiciones prometidas, ahora recibe por el contrario las maldiciones que castigan los vicios opuestos a las obras de Job[6]. Por tanto, él se atreve –es Israel

6 Esto es literalmente así, Job se recrea en mencionar las maldiciones que ha recibido de Yahveh poniéndolas en comparación con las bendiciones que esperaba... Cf. p. ej. las siguientes relaciones: Job 2,7 – Dt 28,35; Job 23,16 – Dt 28,65; Job 7,4 – Dt 28,67; Job 30,9-10 – Dt 7,28, 37).

quien lo hace a través de él– a responsabilizar a Dios mismo de los males sufridos por él y por los inocentes, acción de Dios que pone en tela de juicio su santidad (pues parece serle indiferente la virtud de los justos y el pecado de los inicuos, cf. Job 10,3), su sabiduría (¿acaso Dios no ve o no conoce las riquezas y el orgullo de los impíos que se burlan de los justos y hasta de Dios? cf. 10,4) y, por tanto, de su bondad (¿el Dios bueno se complace en la vida de los impíos? cf. 9,22-24)[7]. Y si esto es así, ¿puede Dios ser justo? ¿Obra él la injusticia, es su voluntad, él la realiza? ¿Es el responsable directo de los males que afectan a los justos? Job sabe que no es así, pero tampoco puede negar la evidencia de que el comportamiento de Dios con él es incomprensible y oscuro: "Job, sin embargo, intuye que también a Dios debe haberle ocurrido algo; Dios se sitúa, de manera inexplicable, en contra de sí mismo y de su promesa, como si también sobre él hubiese descendido una noche, como si Dios se hubiese escondido en "algún otro lugar" inaccesible"[8].

Dios responde finalmente remitiendo a la incomprensibilidad de sus designios. Pero primero hace gala de su poder y de su infinito conocimiento de todo lo creado. Él ha dispuesto el orden de las cosas inertes (38,4-38), de los seres vivos (38,39 – 39,30). Él también ordena el poder del mal, simbolizado en Behemot y Leviatán (40,15 – 41,26). Yahveh pone a prueba la arrogancia de Job, cuya sabiduría no puede compararse con la de Dios, con la cual gobierna su creación (38,2-3; 40,1-2). Job, aun teniendo razón en su queja y derecho a su pregunta (42,7) ha hablado de cosas que no entiende (42,3). El proceder de Yahveh es misterioso. Pero también es cierto que Dios responde a su criatura, se hace presente ante el sufrimiento de Job, se responsabiliza de él y no permanece indiferente. Por otra parte, ha desautorizado a los amigos de Job que mantenían la tesis tradicional: esta queda descartada (42,7-8). El sufrimiento de los justos no es castigo divino, pero su significado sigue sin declararse.

Paradójicamente, el sufrimiento ha sido fecundo para Job. La amarga experiencia atravesada le ha permitido conocer mejor a Dios: "Antes te conocía de oídas, pero ahora te han visto mis ojos" (42,5). Se abre así una perspectiva nueva sobre el sufrimiento que puede ser "sanador": Job se ha purificado del orgullo (42,6), ha recorrido un camino de fe y de esperanza, conoce mejor a

7 Cf. J. Lévêque, *Job. El libro y el mensaje* (Estella 1986), 26-27.

8 A. Sicari, *Llamados por su nombre* (Madrid, 1981) 38-39.

Dios tras la prueba y se convierte, además, en mediador de sus amigos ante Dios, que solo serán perdonados por Yahveh si Job intercede por ellos (42,8). El mal experimentado ha dado paso a un bien mayor, argumento que será uno de los clásicos de la doctrina cristiana de la Providencia, como anticipa san Pablo: "Por otra parte, sabemos que a los que aman a Dios todo les sirve para el bien" (Rm 8,28).

El libro de Job revela, finalmente, que la relación con Dios no puede estar medida simplemente por el pacto, por el premio o el castigo, que el encuentro con Dios es un encuentro de libertades que se ofrecen no por razón del premio o por miedo al castigo. Pero también se revela que Dios permanece libre: si puede perdonar al pecador, también puede maldecir al justo, aunque esto sea del todo incomprensible en los límites del AT, abierto a un cumplimiento que se cumple sólo una vez en Jesucristo, el inocente que carga sobre sí la maldición del pecado (2 Co 5,21). En definitiva, Job y, por tanto, Israel, el Israel sufriente, el elegido y el reprobado, es figura de Cristo, en cuya *reprobación* descansa la salvación de los pecadores[9].

3. EL MAL QUE SUFRE EL PECADOR ¿PENA DEL PECADO O CASTIGO DIVINO?

Sólo a la luz de Cristo se desvela –aunque parcialmente, claro está– el misterio del mal. También a la luz de Cristo, plenitud de la Revelación, han de entenderse las otras dimensiones del misterio a las que Job no da respuesta. El sufrimiento del inocente pone en cuestión el gobierno de Dios sobre el mundo de los hombres, pero ¿qué pensar del sufrimiento del pecador? ¿Es castigo directo de Dios, según la Ley o la superación de la lógica de la Alianza permite explicarlo de otra manera?

En el AT es enseñanza clara y común que Dios castiga el pecado. Se trata, no obstante, de la justicia retributiva, no de la justicia vindicativa. No ha de entenderse el castigo como venganza o como una acción que brota del odio de Dios al pecado y al pecador. No olvidemos que muchas acciones de

9 Anticipa esto algo que diré más adelante y que J. Ratzinger enuncia de este modo: "... ahora el único Justo –y por tanto el único elegido en sí, pues el único digno de ser elegido es Cristo– resulta que es el repudiado, el que asume sobre sí el destino de reprobación de todos, convirtiéndolos de este modo en elegidos en sí y por sí, al igual que él se convirtió en repudiado en nosotros y por nosotros" (J. Ratzinger, *La fraternidad de los cristianos* [Salamanca 2015] 107).

Dios en el AT están siempre en mayor o menor grado antropomorfizadas y que, por lo mismo, han de ser cuidadosamente interpretadas a la luz de los textos que revelan más claramente el misterio de Dios y de su voluntad. Bajo el principio meridianamente claro de que "Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva" (Ez 18,23), se abre camino a la posibilidad de que la muerte del pecador no sea castigo divino propiamente hablando, venganza o desahogo de la cólera divina. El mismo Ezequiel dice también, formulando de nuevo el principio de responsabilidad individual que hemos visto anteriormente: "El que peque, ese morirá" (Ez 18,20), aunque Dios no quiere su muerte. Cabe concluir que la muerte que sigue al pecado no es infligida por Dios, sino consecuencia del pecado, consecuencia que Dios "no quiere".

Privado así del carácter vindicativo, la idea del castigo divino se revela como la pena justa por el pecado con la intención positiva de la corrección o de la conversión del pecador. Esta idea se hace explícita en Os 2 y Ez 16).

Ezequiel 16 es una alegoría de la historia de Israel en la que Yahveh aparece como el protector de Israel, el esposo enamorado y decepcionado y también su castigador y salvador. Israel es figurado en una niña recién nacida, abandonada en medio del camino sin haber siquiera limpiado la sangre del parto (16,4-5). Yahveh pasó junto a ella, se apiadó, la hizo crecer, la embelleció y el mismo Yahveh quedó prendado de su belleza y la desposó (16,6-13). La esposa/Israel prendada de su belleza salió a ofrecerse a todos los caminos actuando peor que una prostituta (6,15-34). A partir del v. 35 se oye la voz del esposo celoso y airado que castiga a la esposa adúltera. La belleza literaria del texto no esconde la crudeza de los castigos que de algún modo pueden resumirse en el v. 43: "Por haber olvidado los días de tu juventud, por haberme provocado con todas estas cosas, yo te haré responsable de tu conducta –oráculo del Señor Dios–. ¿Acaso no habías añadido la infamia a todas tus acciones detestables?". Israel "carga con el peso de su infamia y de sus acciones detestables" (Ez 16,58), pero la finalidad de todo esto es un nuevo comienzo: "Con todo, yo me acordaré de mi alianza contigo en los días de tu juventud, y estableceré contigo una alianza eterna... Yo estableceré mi alianza contigo y reconocerás que yo soy el Señor, para que te acuerdes y te avergüences... cuando yo te perdone todo lo que hiciste" (vv. 61-63).

Que Dios castigue a Israel dejándolo abandonado y avergonzado, abandonado por sus amantes (vv. 37-38) tiene por finalidad que Israel reconozca su pecado y vuelva a Dios, vuelva a la Alianza. Es lo mismo que de modo

semejante había dicho Oseas. Tras el castigo de la esposa adúltera (Israel que se entrega a los ídolos) se expresa la intención final: "Allí responderá como en los días de su juventud, como el día de su salida de Egipto: "Aquel día –oráculo del Señor– me llamarás 'esposo mío', y ya no me llamarás 'mi Baal'" (2,17-18) y "... tendré compasión de 'No compadecida' y diré a 'No mi pueblo': 'Tú eres mi pueblo'; y él dirá: 'Mi Dios'" (2, 25).

El castigo divino se explica solo por la fidelidad a sus promesas y por el amor a Israel y tiene carácter medicinal. Lejos de ser expresión de la venganza de Dios, hace resplandecer paradójicamente su amor que sigue buscando la salvación del hombre[10].

III. LA PLENA REVELACIÓN DEL DIOS PROVIDENTE EN JESUCRISTO

Respecto al cuidado que Dios tiene de su creación hemos tratado, fundamentalmente, tres cuestiones: el mal (moral y físico) en el mundo, el sufrimiento de los inocentes y la pedagogía divina del castigo. Son, probablemente, las cuestiones más espinosas en relación con la Providencia divina y encuentran también una luz nueva en la plenitud de la Revelación que es Jesucristo. En la enseñanza y praxis de Jesús y en la enseñanza apostólica se dan los fundamentos más claros para la comprensión católica del amor de Dios que interviene realmente en la historia de los hombres. Al igual que hemos hecho en el apartado anterior no podemos aquí más que reconocer los datos más esenciales.

En la sinagoga de Nazaret, a la que Jesús acude al inicio de su ministerio, tras el Bautismo en el Jordán y las tentaciones en el desierto, Él se aplica la profecía que le declara el Ungido del Señor y especifica su misión: "Me ha enviado a evangelizar a los pobres, a proclamar a los cautivos la libertad, y

10 Cf. Juan Pablo II, *Carta Apostólica* Salvifici doloris (11-II-1984) 12: "Ya en el Antiguo Testamento notamos una orientación que tiende a superar el concepto según el cual el sufrimiento tiene sentido únicamente como castigo por el pecado, en cuanto se subraya a la vez el valor educativo de la pena sufrimiento. Así pues, en los sufrimientos infligidos por Dios al Pueblo elegido está presente una invitación de su misericordia, la cual corrige para llevar a la conversión: 'Los castigos no vienen para la destrucción sino para la corrección de nuestro pueblo'. Así se afirma la dimensión personal de la pena. Según esta dimensión, la pena tiene sentido no sólo porque sirve para pagar el mismo mal objetivo de la transgresión con otro mal, sino ante todo porque crea la posibilidad de reconstruir el bien en el mismo sujeto que sufre".

a los ciegos la vista; a poner en libertad a los oprimidos; a proclamar el año de gracia del Señor" (Is 61,1-2a). Aquí se interrumpe la cita del profeta. Jesús omite decir: "el día de la venganza de nuestro Dios" (Is 61,2b; Lc 4,18-19).

En su relación con los pecadores se muestra completamente lejano a la lógica del premio-castigo divino tal como la entendían los fariseos apegados a la letra de la Ley. Es innecesario recordar todas las ocasiones en las que Jesús recuerda el riesgo de la condenación. Tal vez su exhortación más contundente en este sentido la encontramos en Mt 25,31-46. En este texto el juez, Jesús, declara la condena, pero son las obras o más bien las omisiones de la caridad las que procuran la condena. Mt 25 pone de manifiesto que la voluntad de Jesús es salvar a todos, por eso mismo exhorta continuamente a la conversión[11]. La misma intención que se observa cuando avisa del camino estrecho que conduce a la vida y el camino ancho que conduce a la muerte (cf. Mt 7,13-14), pero se niega a hacer milagros de castigo cuando se lo piden cf. (Lc 9,55-56) y ninguno de los que se acercan a él es rechazado o condenado.

Tal vez lo que más escandaliza a los contemporáneos de Jesús es el modo el que otorga el perdón de los pecados incluso antes de que se lo soliciten (Mt 9,1-8). Se observa la misma actitud divina en el hecho de no emitir juicio de condenación ante un pecado evidente (cf. Jn 8,1-11). En la enseñanza y praxis de Jesús, la pena del pecado no se imputa a una acción de Dios que Él añade a la culpa. Rechaza también la idea de que la enfermedad sea castigo por el pecado cuando responde a los apóstoles que el nacido ciego no lo es por culpa de pecados propios o de los padres, sino para que "se manifiesten en él las obras de Dios" (Jn 9,2-3).

Cristo rompe la vinculación directa entre el mal moral y el mal físico[12] que fue común en algunos momentos de la historia de Israel y no responsa-

11 El Catecismo interpreta los textos de la Escritura que aluden al infierno no como profecías sino como exhortación a la conversión: "Las afirmaciones de la Escritura y las enseñanzas de la Iglesia a propósito del infierno son un llamamiento a la responsabilidad con la que el hombre debe usar de su libertad en relación con su destino eterno. Constituyen al mismo tiempo un llamamiento apremiante a la conversión" (CCE 1036).

12 Esto no significa que no hay ninguna relación del sufrimiento con el pecado, sino que no podemos explicar cada sufrimiento concreto como consecuencia del pecado personal de quien lo padece. "El mal, en efecto, está vinculado al pecado y a la muerte. Y aunque se debe juzgar con gran cautela el sufrimiento del hombre como consecuencia de pecados concretos (esto indica precisamente el ejemplo del justo Job), sin embargo, éste no puede separarse del pecado de origen, de lo que en San Juan se llama 'el pecado del mundo', del trasfondo pecaminoso de las acciones personales y de los procesos sociales

biliza al Padre de los males que, como consecuencia de sus pecados, puedan sufrir los hombres. Dios, si atendemos a la actuación de Jesús, no castiga con males físicos al pecador. Se afirma más bien que el sol sale para justos y pecadores (cf. Mt 5,45) y que Dios cuida de todos los hombres, especialmente de quienes más lo necesitan que son, precisamente, los más alejados de él: No tienen necesidad de médico los sanos, sino los enfermos (cf. Mt 9, 9-13).

Por eso Jesús invita a todos a la confianza en el cuidado que Dios tiene de sus criaturas. Lo encontramos en Mt 6,25-34 y Mt 10,29: "¿No se venden un par de gorriones por un céntimo? Y, sin embargo, ni uno solo cae al suelo sin que lo disponga vuestro Padre". Esta es la traducción de la Biblia de la Conferencia Episcopal, otras dicen: "sin que lo permita vuestro Padre". Sin embargo, La Vulgata coincide con el texto griego en decir: "sin vuestro Padre", de modo que "sin que lo permita" o "sin que lo disponga" son interpretaciones. Podría traducirse por "sin que vuestro Padre lo sepa", que coincide más con lo que sigue: "Pues vosotros hasta los cabellos de la cabeza tenéis contados" (Mt 10,30). Jesús exhorta a la confianza y a la valentía en la persecución diciendo: "Dios lo sabe, no estáis olvidados de Él, os tiene en cuenta". La traducción reformada de la Biblia del Jubileo traduce sin glosa: "ni uno solo cae al suelo sin vuestro Padre". Jesús estaría entonces afirmando: no tengáis miedo porque no caeréis solos ni abandonados, vuestro Padre estará con vosotros.

En cualquier caso en este versículo aparecerían, según los intérpretes, el conocimiento que Dios tiene de todo y de todos, fundamento de la doctrina de la Providencia o bien la voluntad permisiva (que no tiene por qué estar necesariamente afirmada en este texto). No se impone tampoco la lectura de que Dios dispone cuándo mueren los pájaros del cielo o los hombres, tal vez no sea necesaria esa afirmación para defender el cuidado que Dios tiene de toda criatura. Veremos esto más adelante.

---

en la historia del hombre. Si no es lícito aplicar aquí el criterio restringido de la dependencia directa (como hacían los tres amigos de Job), sin embargo, no se puede ni siquiera renunciar al criterio de que, en la base de los sufrimientos humanos, hay una implicación múltiple con el pecado" (Juan Pablo II, Salvifici doloris 15).

1. UN SUFRIMIENTO QUE SUPERA EL MAL

Queda por explorar otra dimensión del sufrimiento de los hombres en relación con el gobierno divino de la creación y de la historia. Se trata del sufrimiento expiatorio que aparece ya en el AT pero que sólo a la luz de la Pasión y muerte de Cristo encuentra pleno sentido. Suele mencionarse, en este aspecto, la intercesión de Moisés, con los brazos extendidos, por el pueblo durante la batalla con los amalecitas (Ex17,8 ss) y, sobre todo, el cuarto canto del Siervo de Yahveh (52,13 – 53,12). Con independencia de la discutida identidad del Siervo en el libro de Isaías, el Nuevo Testamento y la Tradición han visto aquí una profecía que se cumple plenamente en la Pasión de Jesús. No es el momento de un análisis exhaustivo, sólo me interesa destacar aquí algunos elementos: se trata del siervo, justo, que acepta mansamente el sufrimiento; esta actitud de mansedumbre y aceptación forma parte del valor de la entrega de su vida como expiación (53,10); sufre el "castigo saludable" (53,5) por los pecados del pueblo, de modo que se opera una cierta sustitución; esa sustitución es querida por Dios que carga "sobre él todos nuestros crímenes" (53,6); finalmente el siervo será restituido, porque "tomó el pecado de muchos e intercedió por los pecadores" (53,12).

El valor expiatorio del sufrimiento del Siervo se debe, por un lado, a su condición de justo; por otro a la sustitución que Dios opera cargándolo a él con los crímenes del pueblo, sustitución que es posible por la solidaridad del Siervo con su pueblo; se emplea el término "castigo" que parece impropio puesto que el que sufre es inocente.

¿Cómo entender aquí, entonces, que se trata de un castigo, castigo del inocente? ¿Eso es acaso justo? ¿No son más bien los culpables los que deben dar cuenta de su maldad? Ciertamente, el vocabulario del cuarto cántico del Siervo contiene la idea de castigo. Para nosotros, no obstante, conscientes de que se trata de una profecía de la Pasión y muerte de Cristo, la idea del castigo divino por los pecados debe quedar contrastada con los relatos evangélicos de la Pasión, pues ellos contienen la clave hermenéutica fundamental.

2. RESPUESTA DIVINA AL PROBLEMA DEL SUFRIMIENTO EN LA PASIÓN Y MUERTE DE JESÚS EN LA CRUZ

No es difícil encontrar cristianos preocupados por su fe y por su formación que con mucha incomodidad piensan que hay una cierta crueldad en el Padre que envía a su Hijo a morir tan trágicamente, aunque sea para salvarnos a nosotros (con nosotros ha sido misericordioso, pero con su Hijo ha sido implacable). No es tampoco difícil entender que esta lacerante interpretación se justifica por algunas explicaciones que se hacen –más bien se hicieron, sobre todo en el siglo XVIII y XIX– del misterio de la salvación, misterio que a fin de cuentas es la palabra definitiva de Dios sobre el sufrimiento y la muerte de los hombres y sobre la responsabilidad de Dios en todo ello.

Tres elementos son decisivos para una correcta interpretación en la medida en que el malentendido sobre ellos ha producido serias distorsiones en la comprensión del amor de Dios que nos salva en Cristo, su hijo muerto en la Cruz. Se trata, por un lado, de la interpretación de la pasión y de la muerte de Jesús como el pago de una deuda; por otro, del sentido del término "sacrificio" aplicado a la Cruz y, finalmente y tal vez lo más importante, la comprensión no trinitaria del misterio de la Cruz.

Comenzamos por esto último. Las expresiones tanto de Jesús en los Evangelios como en los otros textos del Nuevo Testamento, particularmente los paulinos, son claras y no pueden ser olvidadas ni preteridas: Jn 18,11; 19,30; Rm 8,32; 2 Co 5,21, etc.

Es fácil pensar que, puesto que Jesús cumple la voluntad del Padre y que tiene "mandato" de morir (es lo que esconden las expresiones: "tengo que" o "era necesario"), el Padre quiere el sufrimiento y la muerte del Hijo como sustitutos del sufrimiento y de la muerte que eran el destino de todos los hombres. La verdad que aquí se revela esconde, sin embargo, una trampa peligrosa si olvidamos que Padre, Hijo y Espíritu Santo son uno y que, en virtud de esta unidad sustancial, no están ni pueden estar separados, según la *perichoresis* de las tres divinas personas. Aun manteniendo la distinción personal en la Trinidad no podemos olvidar la unidad. ¿Y esto que quiere decir? El único que sufre y muere en la carne es el Hijo encarnado. Es el único que está clavado en la Cruz, pero en Él, con Él, siendo uno con Él están también el Padre y el Espíritu Santo. La pasión de Jesús es, en virtud de la unidad trinitaria, *com-pasión* del Padre y del Espíritu. *Com-pasión* en sentido

estricto, "pasión común". No es el Hijo el que sufre en solitario la maldición del pecado, puesto que el que sufre es uno de la Trinidad, inseparable del Padre y del Hijo. Cuando explicamos la pasión y la muerte de Jesús de tal modo que damos a entender que el Padre permanece satisfecho e *impasible* en su trono de gloria mientras el Hijo muere "abandonado" en la Cruz para pagar la deuda contraída por el pecado del hombre (y lo hacemos sin las debidas precisiones y matizaciones), estamos diciendo también a cualquier creyente que Dios podrá hacer lo mismo con él...: hacerle sufrir hasta el extremo, por alguna razón misericordiosa y justificada, pero sin que Él se inmute lo más mínimo, sin que Él se vea afectado en su eterna impasibilidad. Con esta mentalidad de fondo, esta es la lectura más fácil del cuarto canto del Siervo de Yahveh: Dios elige a uno de sus siervos predilectos para descargar sobre él nuestro castigo. Para colmo añadimos que "Dios se complace en el sufrimiento de los justos". ¡Oh!, la frase es bíblica, forma parte de la Revelación, pero ¿cómo la interpretamos? ¿Qué interpretación es la mejor? ¿Dios se complace en que el justo sufra o Dios se complace en el modo en que los justos viven su sufrir? ¿O tal vez que Dios se complace cuando un justo se ofrece a sufrir en favor de sus hermanos?

En realidad, ya en la Encarnación y sobre todo en la pasión y muerte es Dios mismo, la Trinidad entera, que elige para sí ser víctima de los pecados de los hombres para destruir el pecado y darnos la salvación. El designio divino que el Hijo realiza en su carne es voluntad común de las tres personas: el Padre en el cielo, el Hijo en la Cruz, quieren lo mismo, junto con el Espíritu Santo, aceptar ser "réprobos", es decir, cargar sobre sí mismo –la Trinidad, insisto, pero en la carne del Hijo– el pecado del mundo para justificarnos[13].

Si a la comprensión no trinitaria de la Pascua del Señor añadimos que su sufrimiento hasta la muerte son el pago de una deuda contraída por el hombre, la atención tiende a centrarse en la dimensión puramente jurídica. La muerte de Jesús era necesaria desde el punto de vista de la justicia. Era, por tanto, el cumplimiento de una sentencia. Inevitablemente se plantea una

13 Ratzinger, citando a Barth ilumina este misterio con su habitual precisión: "De hecho, Jesucristo, el único realmente digno de salvación, asume ahora sobre sí justo lo contrario, la desgracia *total* mediante un sagrado intercambio. 'En la elección de Jesucristo, que es la voluntad eterna de Dios, ha reservado Dios para el hombre lo primero, la elección, la bienaventuranza y la vida, y para sí mismo el repudio, la condenación y la muerte'. Esto significa que Dios tiene que repudiar 'en sí' al pecador y elegir al justo" (J. Ratzinger, *La fraternidad de los cristianos* [Salamanca 2004] 98-99.07. La cita entre comillas es de K. Barth, *Die Kirchliche Dogmatik* II/2, 177).

pregunta que no debemos esconder en su crudeza: ¿dónde está la misericordia si el perdón se nos otorga tras haber pagado la deuda? Si la deuda se salda es de justicia que el acreedor se conforme, su gracia no sería ya misericordia, sino derecho adquirido. Esta aporía se resuelve diciendo que en rigor la deuda la pagó el Hijo y así el Padre pudo perdonarnos misericordiosamente...; pero sigue en pie la pregunta: al fin y al cabo, alguien ha pagado la deuda. A partir de entonces, en virtud de esa sustitución y con la deuda pagada, los hombres no somos ya deudores.

Es evidente que este pensamiento, así expresado no está, ni mucho menos, en san Pablo, ni en san Agustín, ni en san Anselmo, ni en Santo Tomás, por citar algunos de los más conocidos, pero muchos cristianos con mayor o menor formación tienen esta idea. Ahora bien, que la pasión y la muerte de Jesús sean el "pago de una deuda", reclama una explicación que mantenga incólume la aparente paradoja: la salvación que Dios nos otorgó en y por Jesucristo fue a su vez obra de su justicia y de su misericordia.

La expresión "Cristo pagó por nosotros al Eterno Padre la deuda de Adán" que la Iglesia canta en el solemne *Pregón* en la noche de Pascua, está inspirada en varios textos de san Pablo. Es él quien dice que "habéis sido comprados a buen precio" (1 Co 5,13), "Cristo nos rescató (compró) de la maldición de la ley" (Ga 3,13). Como ha mostrado con rica argumentación B. Sesboüé, estamos en el terreno de la metáfora[14]. ¿Qué quiere decir esto? Que el duro combate que supone la Redención le costó la vida. Es la misma metáfora que empleamos en el lenguaje común cuando decimos que algo "nos ha costado un riñón" y no imaginamos nunca que el tal personaje haya pagado literalmente con un riñón o con un ojo de la cara. Quiere decir que Cristo se entregó hasta la muerte, que el combate contra el pecado, contra el odio del mundo, contra sus enemigos y Satanás lo llevó a la muerte y muriendo venció. Fue una tragedia para la soteriología casi olvidar que la Redención se explica mejor desde el punto de vista del combate: "No temáis, *yo he vencido* al mundo (Jn 16,33)" o "la muerte ha sido absorbida en la victoria" (1 Co 15,54). Un hermoso y magnífico texto de san Ireneo es testigo del "combate" como la categoría más adecuada para explicar la redención:

14 Cf. B. Sesboüé, *Jesucristo, el único mediador. Ensayo sobre la redención y la salvación.* Tomo I: Problemática y relectura doctrinal (Salamanca 1990) 159-160.

> ...soportó el sufrimiento, él que es el Verbo de Dios Padre convertido en Hijo del hombre. Porque luchó y venció; por una parte, era hombre, combatiendo por sus padres y redimiendo su desobediencia por su obediencia; por otra parte, encadenó al fuerte, liberó a los débiles y otorgó la salvación a la obra modelada por él, destruyendo el pecado[15].

En definitiva, Jesús (no olvidemos: la Trinidad por medio del Hijo encarnado) fue enviado a combatir por nosotros y con nosotros. A combatir el mal, el pecado y sus consecuencias entre ellas, principalmente, la muerte. Y Jesús venció al mal, siempre, porque no pecó nunca, porque mantuvo siempre la comunión con el Padre, hasta que esta victoria es sellada en la muerte y en la Resurrección que el Padre le otorga (cf. Jn 8,46; Flp 2,9-11). Jesús venció al mal no sucumbiendo a él, siendo siempre justo, inocente, no pecando.

Esta es la victoria de Jesús: haber obedecido plenamente, siempre, totalmente, con amor filial, al Padre. Esta es su victoria consumada, ciertamente, en la muerte en cruz. Pero si la muerte de Jesús en la cruz resulta redentora no es "en virtud de la sangre derramada", sino "en virtud de la sangre derramada *por obediencia y amor*"[16]. No de otro modo se puede interpretar Hb 10,5-7, aplicando a Cristo el Salmo 40: "Tú no quisiste sacrificios ni ofrendas, pero *me formaste un cuerpo;* no aceptaste holocaustos ni víctimas expiatorias. Entonces yo dije: He aquí que vengo... para hacer ¡oh, Dios! tu voluntad".

Esta cita nos conduce de lleno a la tercera clave: la noción de sacrificio. No es posible negar, leyendo los evangelios y los otros textos neotestamentarios que la muerte de Jesús fue un sacrificio. En el cuarto evangelio queda dicho de un modo muy gráfico: Jesús, el cordero inmolado, muere en la cruz al mismo tiempo que, en el templo, se degollaban los corderos para la cena pascual, a la hora de nona. Aquí ha sucedido otro terrible equívoco con un verdaderamente lamentable olvido de la tradición más genuina.

Habría bastado seguramente no olvidar en ningún momento que según *Hebreos* los sacrificios del Antiguo Testamento son pálida sombra del único verdadero sacrificio que es el de Cristo. Aquellos eran, además, inútiles (cf.

---

15 Ireneo de Lyon, *Adv. Haer.* III, 17,3.

16 Esta es, a mi modo de ver, la clave neotestamentaria para poder afirmar la eficacia de la salvación en Cristo. Si Cristo es exaltado es porque ha renunciado a su condición divina, se ha hecho hombre y siervo *obediente* hasta la muerte de Cruz (cf. Flp 2,9). Si "llega a ser causa de salvación" es porque "ha aprendido mediante el sufrimiento la obediencia" (Hb 5, 8-9) y si fue escuchado en su oración fue por su actitud reverente o su piedad filial (cf. Hb 5, 7).

Hb 9,9). Según esto, si queremos entender qué es un sacrificio agradable a Dios no podemos buscarlo en la ritualidad del Antiguo Testamento. Hay que partir de Hebreos, que denuncia la ineficacia de aquellos sacrificios porque, básicamente, son sacrificios meramente rituales, establecidos a base de separaciones rituales que hacen imposible lo que buscan, la comunión con Dios. Sobre todo, porque la última separación, la que existe entre el sacerdote y la víctima, invalida el sacrificio. Una víctima ofrecida, incapaz de entregarse voluntariamente, incapaz –por su radical separación– de re-presentar al sacerdote y al pueblo no sirve para nada. Era un rito a través del cual Israel podía comprender que Dios lo perdonaba, pero no en virtud del sacrifico ritualmente ofrecido, sino en virtud del "corazón contrito y humillado" (Sal 50,19).

Frente al sacrificio ritual, Hebreos afirma que la novedad del sacrificio de Cristo es que es un sacrificio existencial: Cristo se ofrece a sí mismo. Por eso hay identidad entre el sacerdote y la víctima. Y dado que el sacerdote es el Hijo de Dios encarnado y la víctima es el mismo Hijo de Dios encarnado, la comunión con Dios es el punto de partida y también el punto de llegada. El punto de partida porque el que se ofrece es el Dios-hombre, que está en perfecta comunión con el Padre y que, en virtud de su Encarnación, se ha unido a todo hombre y es perfectamente capaz de re-presentar a todos los hombres. Y es también el punto de llegada porque se ofrece a sí mismo y, en virtud de su justicia, de su santidad, la ofrenda de sí mismo es recibida en el cielo por el Padre.

He dicho en virtud de su justicia y de su santidad (cf. Hb 7,26-28), no en virtud de su sangre, aunque el sacrificio se realizó "en su sangre derramada". Hebreos 10,5-7, citado más arriba, opone a los múltiples sacrificios -subráyese el plural- de la Antigua Alianza -no queridos por Dios- una única actitud, mejor una única ofrenda –subráyese el singular–: cumplir la voluntad de Dios. ¿Podremos partir de aquí para elaborar una noción de sacrificio adecuada, cuya esencia no está en la muerte, en la víctima, en el dolor, sino en cumplir la voluntad del Padre? San Agustín lo hizo por nosotros, aunque lamentablemente su aportación fue poco a poco olvidada y posteriormente sustituida con una noción de sacrificio inspirada más en el Antiguo Testamento que fuese también válida para los sacrificios de todas las religiones.

San Agustín elabora su doctrina del sacrificio en *La Ciudad de Dios*. Destaco tres afirmaciones: a) el verdadero sacrificio es toda obra hecha para unirnos a Dios en santa alianza, es decir, referido a la meta de aquel que bien

puede hacernos de verdad felices; b) los verdaderos sacrificios, pues, son las obras de misericordia, sea para con nosotros mismos, sea para con el prójimo; c) toda la congregación y sociedad de los santos se ofrece a Dios como un sacrificio universal por medio del gran sacerdote[17].

Para que haya sacrificio no es necesaria una víctima entregada a la muerte. Cuando Dios nos pide sacrificios no nos pide ni sufrimiento ni muerte, nos pide que nos unamos a Él mediante la obediencia y que aceptemos fielmente las consecuencias de tal ofrenda de nosotros mismos.

El sacrificio de Cristo es toda su existencia ofrecida en amor y obediencia al Padre y se consuma en la Cruz. Hay muerte en el caso de Jesús, ciertamente, pero ni la muerte ni el sufrimiento constituyen la esencia del sacrificio..., lo es la entrega personal de sí mismo hasta el final, hasta la muerte.

Teniendo todo esto en cuenta el sufrimiento y muerte de Jesús en la cruz sólo se explica desde el amor de Dios–Trinidad a la humanidad, a todos y cada uno de los hombres. Dios que creó por amor, busca con amor salvar a los hombres caídos en el pecado y en la muerte. El hombre tiene, ciertamente, una deuda con Dios. La deuda de Adán, lo que Adán debe a Dios desde el principio, lo que Adán no dio a Dios es..., su obediencia. Dios solo quiso del hombre que permaneciera fiel, cumpliendo un solo precepto: "No comerás del árbol de la ciencia del bien y del mal" (Gn 3,3). Por el pecado de Adán entró en el pecado del mundo, por Adán todos pecaron (cf. Rm 5,12). Todos pecaron, todos quedaron encerrados en la desobediencia (cf. Rm 11,32). Nadie podía pagar la deuda, nadie podía vivir obedeciendo siempre... Es lo único que Dios quería del hombre y lo único que necesitaba de Él porque no hay comunión posible entre personas que no sea comunión de voluntades. La misión no puede reducirse a una sola categoría, pero –en lo que concierte a su eficacia redentora– la obediencia amorosa del Hijo hasta la muerte es, a mi juicio, la principal. Él es el único que puede obedecer siempre, resistiendo a la fuerza del pecado, y puede hacerlo además en verdadera re-presentación de todos los hombres (representación que se ha explicado de diversos modos más o menos coincidentes: vicariedad, sustitución, más recientemente y en un sentido no sociológico solidaridad). El "paga" la deuda, es decir, obedece, pero no olvidemos que esta obediencia del Hijo encarnado es la expresión de la común voluntad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo que quieren lo

17 Cf. Agustín de Hipona, *De civitate Dei,* X, 6.

mismo. Esta obediencia del Hijo expresa también perfectamente su voluntad, la de parecerse en todo a sus hermanos y ser probado en todo exactamente como nosotros (Hb 2,17; 4,15; 5,7-9).

Por esto, cuando decimos que el Padre envió a su Hijo a la muerte, no debemos interpretarlo de esta manera: "Dios Padre ha querido el sufrimiento y la muerte del Hijo para nuestra redención", sino de esta: "Dios-Trinidad ha querido para sí mismo el sufrimiento y la muerte –en el Hijo encarnado– para nuestra redención". Es decir, para salvar al hombre, Dios ha querido el sufrimiento y la muerte para sí mismo, pero este admirable designio de la Providencia se ha realizado través de la Encarnación y en la carne del Hijo.

A partir de aquí puede entenderse algo mejor el misterio del sufrimiento y del dolor. Primero, como consecuencia del pecado presente en el mundo y en la historia[18], pecado que no puede ser de ningún modo querido positivamente por Dios ni siquiera en función de un bien mayor.

También puede entenderse mejor –es y seguirá siendo un misterio– que el sufrimiento, unido al de Cristo en su Pasión ("Ahora me alegro de mis sufrimientos por vosotros: así completo en mi carne lo que falta a los padecimientos de Cristo, en favor de su cuerpo que es la Iglesia": Col 1,24), es un modo de cooperar con el amor de Dios en Cristo a todos los hombres. El sufrimiento adquiere así, en virtud del amor de Dios que habita en el corazón del hombre, un sentido nuevo: puede ser ofrecido y convertirse en expiación (otro término que unimos mentalmente al sufrimiento, aunque su sentido específico se refiere al proceso mediante el cual el hombre alcanza el perdón de los pecados), para uno mismo y en beneficio de todos. En el sufrimiento de los hombres habita de algún modo Dios que com-padece en la carne del Hijo con amor de Padre.

Juan Pablo II comentó este texto, con una luminosa interpretación, en su Carta Apostólica *Salvifici Doloris*:

18 CTI, *Cuestiones selectas sobre Dios Redentor*, 13: "Realidades como el hambre, la pestilencia, las catástrofes naturales, la enfermedad, el sufrimiento físico y mental y la misma muerte revelan que el mal –como, por supuesto, la tradición cristiana ha reconocido siempre– no se agota en absoluto con lo que se llama el malum culpae (el mal moral), sino que comprende también el malum poenae (el sufrimiento), sea éste un mal en sí o se derive de las limitaciones de la naturaleza. Sin embargo, tradicionalmente –como lo revela el mismo testimonio bíblico– todo sufrimiento, e incluso la misma muerte, ha sido comprendido como procedente del pecado, «el misterio de iniquidad» en frase de San Pablo (2 Tes 2, 7)".

> ¿Esto quiere decir que la redención realizada por Cristo no es completa? No. Esto significa únicamente que la redención, obrada en virtud del amor satisfactorio, permanece constantemente abierta a todo amor que se expresa en el sufrimiento humano. En esta dimensión –en la dimensión del amor– la redención ya realizada plenamente, se realiza, en cierto sentido, constantemente. Cristo ha obrado la redención completamente y hasta el final; pero, al mismo tiempo, no la ha cerrado. En este sufrimiento redentor, a través del cual se ha obrado la redención del mundo, Cristo se ha abierto desde el comienzo, y constantemente se abre, a cada sufrimiento humano. Sí, parece que forma parte de la esencia misma del sufrimiento redentor de Cristo el hecho de que haya de ser completado sin cesar[19].

IV. LA PROVIDENCIA DIVINA

El largo recorrido por la Sagrada Escritura ha pretendido mostrar el amor de Dios al hombre tal como se ha revelado en la historia y plenamente en Jesucristo. Ni en la Creación ni en la historia, Dios es autor del mal, de los males concretos que se abaten sobre el hombre. Con este límite, la Tradición ha desarrollado la enseñanza sobre la Providencia divina, que va más allá de lo que hemos presentado, pues además del mal y el sufrimiento, se refiere a la omnisciencia de Dios, a la finalidad última que Dios ha dado a todos los seres y a la predestinación del hombre a la salvación.

Probablemente el tratado clásico sobre la Providencia más preciso y completo sea el de Santo Tomás de Aquino en la *Summa Theologica*. El Aquinate había ya estudiado la Providencia divina en tratados anteriores, en su *Comentario al libro de Job*, en la *Summa contra Gentiles* y en el *Comentario a las Sentencias*. Su enseñanza es la más influyente en la teología posterior y ha de ser tenida en cuenta. Sin embargo, utilizaré fundamentalmente para este desarrollo las 9 catequesis que s. Juan Pablo II dedicó a nuestro tema dentro del ciclo de Audiencias que dedicó al Credo. La primera catequesis data del 30 de abril 1986 y concluyó este breve ciclo el 25 de junio del mismo año.

19 Juan Pablo II, Carta Apostólica *Salvifici doloris*, 24.

La pregunta por la Providencia es, en realidad, la pregunta sobre el fin para el cual hemos sido creados: "Dios nos ha creado para conocerlo y amarlo en esta vida, y gozar de Él eternamente en la otra". Este es propiamente hablando el motivo por el cual Dios ha creado y también por el cual guía la historia: "...Dios que, como Padre omnipotente y sabio está presente y actúa en el mundo [...] para que cada criatura y específicamente el hombre, su imagen, pueda realizar su vida como un camino guiado por la verdad y el amor hacia la meta de la vida eterna en Él"[20]. Se trata, pues, del fin último de toda criatura. Es por eso por lo que la Providencia de Dios está ligada al amor del Dios *creador* que conserva y lleva a su perfección todo lo creado. Entra también en relación con la libertad de los ángeles y de los hombres. En su actuar providente Dios muestra su infinita sabiduría y su poder para alcanzar su propósito sin contradecir en absoluto la libertad de los hombres y de los ángeles. La sabiduría y el poder se ven, por un lado, puestas a prueba, pero, por el otro, confirmadas frente a la presencia del mal y del sufrimiento. Bien entendida la Providencia de Dios, ésta aparece más que como una acusación contra Dios como "el baluarte de nuestra esperanza"[21], porque su Providencia muestra en su concreto actuar que "Dios quiere que todos los hombres se salven" (1 Tm 2,4). Es por esto, porque no se trata de algo teórico y abstracto, por lo que la Iglesia no puede renunciar a la afirmación y la enseñanza de la Providencia divina:

> La Palabra de Dios nunca adquiere tanta grandeza y fascinación como cuando se la confronta con los máximos interrogantes del hombre: Dios está aquí, es Emmanuel, Dios-con-nosotros (Is 7,14), y en Jesús de Nazaret muerto y resucitado, Hijo de Dios y hermano nuestro, Dios muestra que ha puesto su tienda entre nosotros" (Jn 1,14) [...] La Iglesia debe decir y dar al mundo la gracia y el sentido de la Providencia de Dios, por amor al hombre, para substraerlo al peso aplastante del enigma y confiarlo a un misterio de amor grande, inconmensurable, decisivo, como es Dios[22].

20 Id., *Audiencia general* (30-IV-1986) 1.

21 *Ibid.*, 5.

22 *Ibid.*, 3.

1. CREACIÓN Y PROVIDENCIA

La providencia divina es inseparable de la Creación. Se explica como fruto de esta, como prolongación de la libertad y del amor con los que Dios crea el mundo, los ángeles y el hombre y lo destina a la perfección y a la bienaventuranza eterna. Pero antes que referirse a lo creado, en Santo Tomás, que sigue a Boecio, se plantea como una cuestión propiamente "teológica", referida a Dios en sí mismo. Tiene que ver este planteamiento con la relación analógica que el Aquinate establece entre la Providencia y la virtud de la prudencia, porque cuando hablamos de la prudencia humana la entendemos como la ordenación de las cosas a su fin y la Providencia lo es respecto a su fin último[23]. Las cosas han sido creadas por Dios de tal modo que son en sí mismas buenas. La bondad sustancial de las criaturas no es su único bien; es también un bien para ellas la recta ordenación a su fin último. En la medida en que tanto el bien de las cosas como su fin último están desde antes de la creación en la mente de Dios, es preciso decir que la Providencia, en cuanto razón divina que dispone del bien de las cosas y las orienta a su fin está en Dios mismo, es inmanente a Dios y, como tal, eterno. La Providencia es parte de la sabiduría divina, que conoce todo lo creado, su orden propio y su fin último, que no es otro que la bondad divina.

Por eso, Sto. Tomás distingue *Providencia* y *gobierno*. La primera está en Dios y es eterna, el segundo, referido ya a la creación, se realiza en la historia, en el tiempo. Siendo formalmente distintas Providencia y gobierno, están unidas de tal modo que en la perspectiva contemporánea la Providencia divina es, de hecho, el cuidado de las cosas y su gobierno.

Juan Pablo II distingue estos dos elementos en la Providencia que son complementarios. El *cuidado* se refiere a la solicitud que tiene por todo aquello que ha creado que, según afirmación del Papa, es "suyo" de un modo del todo singular: "Efectivamente, todo lo que ha sido creado, por el hecho mismo de haber sido creado, *pertenece* a Dios, su Creador, y, en consecuencia, *depende* de Él. En cierto sentido, cada uno de los seres es más 'de Dios' que 'de sí mismo'"[24]. A través de este cuidado expresa Dios su "gobierno", su "autoridad". En un bello comentario, Juan Pablo II subraya que la mejor

23 Tomás de Aquino, *Summa Theologiae* I, q. 22, a 1co.

24 Juan Pablo II, *Audiencia general* (14-V-1986) 1.

imagen para expresar la autoridad con la que gobierna el mundo no es la del Pantocrátor, sino la del Buen Pastor que conoce a sus ovejas y da la vida por ellas (cf. Jn 10,11-14). Se trata del poder de Dios puesto a nuestro servicio, que hace nacer la confianza suficiente para rezar con el Salmo: "El Señor es mi pastor, nada me falta"[25].

La Providencia está así íntimamente vinculada al amor que Dios mostró ya en el acto mismo de crear. Es su modo de conservar la creación en su ser llevándola a plenitud. Dios gobierna siempre "a favor" de lo creado, "en favor del ser contra la nada, en favor de la vida contra la muerte, en favor de la "luz" contra las tinieblas (cf. Jn 14,15), en una palabra, en favor de la verdad, del bien y de la belleza de todo lo que existe"[26]. En lo que se refiere al hombre, el gobierno de Dios supone la afirmación del valor de la vida humana por sí misma y del sostén que supone para la existencia humana saber que está en las manos del Creador antes y no en las manos de un "ciego destino"[27].

2. PROVIDENCIA Y PREDESTINACIÓN

Hay también una estrecha relación entre la Providencia y la predestinación del hombre a la salvación. Esta se refiere al fin último que Dios ha dado a todo hombre, al género humano en su totalidad. En virtud de este fin, en orden a este fin, Dios nos ha elegido, llamado y predestinado. Acude aquí el Papa a Ef 1,3-6, donde la elección para ser santos en presencia de Dios y la predestinación a ser sus hijos se revelan como previas a la creación del mundo y pensadas por Dios para ser cumplidas en la persona de Cristo.

Darnos la filiación en el Hijo, por gracia, es la finalidad de toda acción o permisión de Dios en su gobierno de la Creación. Lógicamente, la noción de predestinación está aquí muy lejos del sentido ordinario que se le suele dar o del sentido que podemos encontrar en Calvino. No se trata de un destino que se impone a la libertad y se realiza necesariamente en el orden en que ha sido establecido. El "destino" es aquí la meta, el horizonte que indica la perfección y plenitud de la humanidad cuando se cumpla

25 *Ibid.*, 2.

26 Id., *Audiencia general* (7-V-1986) 1.

27 *Ibid.* 1.

definitivamente "la eterna vocación del hombre a participar en la misma naturaleza de Dios"[28].

Por razón de esta predestinación, Dios ha creado al hombre por el amor y para el amor. La plenitud del amor supone para el hombre la máxima realización de su condición de imagen y semejanza de Dios. La Providencia no sólo cuida de que el hombre alcance su fin último, también se muestra en lo que Dios ha puesto en el hombre. Es Providencia divina que en el hombre anide el deseo de la comunión con Dios y el deseo de la comunión con el prójimo, único camino para que el hombre alcance su último fin.

Por eso mismo, por esta vocación al amor, la Providencia se muestra también en la libertad concedida al hombre, sin la cual no podría recibir el amor ni responder con amor. La afirmación de la libertad nos lleva a afirmar también la "autonomía" de las cosas creadas.

3. PROVIDENCIA, LIBERTAD HUMANA Y AUTONOMÍA DE LAS COSAS CREADAS

Este es un tema capital para evitar confusiones en el modo en que Dios gobierna providentemente. En su modo de expresión –como hemos visto ya más arriba–, "la Biblia remite directamente a Dios el gobierno de las cosas"[29]. Esta afirmación lleva al Papa a distinguir con cuidado y claridad cuándo Dios actúa como "causa primera" y cuánto actúa a través de las criaturas como causas segundas. Es del todo necesario mantener viva esta distinción: Dios ciertamente provee, pero de un modo que no suprime nunca la autonomía de lo creado. Las cosas creadas "están dotadas de consistencia, verdad y bondad" propias y Dios las gobierna respetando su propio ser[30]. Dios se sirve, por tanto, de modo ordinario, "de la fuerza eficiente de las causas creadas" que, sostenidas por la sabiduría creadora, muestran el orden maravilloso que contemplamos "tanto en el macrocosmos como en el microcosmos"[31].

28 Juan Pablo II, *Audiencia general* (28-V-1986) 3.

29 Id., *Audiencia general* (14-V-1986) 2.

30 *Ibid.*, 5.

31 *Ibid.*, 4.

4. LA PROVIDENCIA Y LA EXISTENCIA DEL MAL

Libertad del hombre, autonomía de las cosas creadas son la condición de posibilidad de que exista el mal, tanto el mal moral como el que podemos llamar mal físico.

Ya hemos visto en la Escritura cómo el origen del mal moral, del pecado, está ciertamente en la libertad del hombre. En el designio divino, la libertad del hombre es absolutamente necesaria y la posibilidad de pecar depende de su no-perfección. Dios no creó al hombre en el estado de la visión beatífica que hace al hombre impecable, lo creó bueno e inocente pero no perfecto. Precisamente porque el hombre no poseía con total perfección su libertad, esta era capaz de inclinarse hacia el pecado. De ningún modo el pecado era querido por Dios –ni tan siquiera como medio para un fin óptimo–, pero fue permitido como posibilidad de la libertad. No queda excluida aquí ni la sabiduría de Dios pues, como afirma Juan Pablo II, "en la perspectiva de la finalidad de toda la creación, era más importante que en el mundo creado hubiera libertad, aun con el riesgo de su mal empleo, que privar de ella al mundo para excluir de raíz la posibilidad del pecado"[32]. Y, aun así, conviene no olvidar que "Dios todo lo que quiere, lo hace", es decir, que Dios asegura el cumplimiento de su voluntad salvífica por medio de causas contingentes que si bien pueden alejarse de la voluntad divina pueden también ser corregidas, en sus efectos, por otras causas contingentes sabiamente ordenadas por Dios. La acumulación de causas contingentes no produce necesidad, pero sí eficacia[33].

La realidad del mal físico se presenta como un obstáculo mayor para afirmar la Providencia divina, sobre todo aquellos males físicos que no son directamente responsabilidad del hombre. Esta cuestión está también íntimamente relacionada con otra que aún no hemos tratado: si la Providencia de Dios se ejerce siempre a través de causas necesarias o se produce también a causas contingentes. Dicho de otro modo, este mundo gobernado por la Pro-

32 Juan Pablo II, *Audiencia general* (21-V-1986) 9.

33 Cf. D. Torrijos Castrillejo, "La providencia en Santo Tomás de Aquino": *Revista Española de Teología* 79 (2019) 438-440. Destaco dos textos del autor, comentando a Santo Tomás en *De veritate,* q. 6, a. 3. c: "... Dios tiene en cuenta también los fallos de las causas contingentes y es capaz de ordenar sus deficiencias hacia la consecución de algún fin ulterior, pese al fracaso respecto de los fines particulares de dichas causas" y: "Para lograr, pues, el bien del ser humano, Dios recurre a un gran número de medios. Así, también aquí, el gran número disponible de causas contingentes asegura que, de faltar una, otra pueda cumplir el propósito divino" (p. 439).

videncia, y por tanto por la causalidad divina que actúa como causa primera y universal, ¿hay espacio para el azar entendido como casualidad?

Santo Tomás distingue entre causas necesarias, aquellas que Dios provee que se cumplirán necesariamente y causas contingentes, que no están bajo la necesidad y, por tanto, pueden no darse o darse de diversos modos lo que trae consigo la posibilidad del azar. Este, desde luego, no gobierna el universo puesto que entonces no habría inteligibilidad alguna. En el orden de las causas particulares y contingentes se dan, ciertamente, eventos contingentes, no ordenados por necesidad y, por tanto, azarosos. Pero en cualquier caso han sido previstos y son objeto de la previsión de la Providencia. Todos los entes, también los contingentes, están ordenados por la suprema sabiduría divina, que es una y universal, lo que implica, aun afirmando la posibilidad del azar, que no hay espacio para el caos[34].

Santo Tomás admite, pues la posibilidad del azar ligada a la contingencia de los seres y, por tanto, a su falibilidad. Es decir, Dios ha provisto desde el principio que algunas cosas han de suceder necesariamente (pensemos, por ejemplo, en la Encarnación del Hijo o su Muerte y Resurrección que, no obstante, fueron debidas también al concurso de la libertad humana, el sí de María, la traición de Judas, etc.) y otras quedan ligadas a causas contingentes[35]. Las causas contingentes son, en cierto modo, falibles. Esta es la razón de ser de los males puramente físicos, que dependen de causas contingentes, pero no libres. Juan Pablo II lo dice con estas palabras:

> En el contexto de la verdad integral sobre la Providencia Divina, nos ayuda a comprender mejor las dos afirmaciones: "Dios no quiere el mal como tal" y "Dios permite el mal". A propósito de la primera es oportuno recordar las palabras del Libro de la Sabiduría: "...Dios no hizo la muerte ni se goza en la pérdida de los vivientes. Pues Él creó todas las cosas para la existencia" (Sb 1,13-14). En cuanto a la permisión del mal en el orden físico, por ejemplo, de cara al hecho de que los seres materiales (entre ellos también el cuerpo humano) sean corruptibles y sufran la muerte, es necesario decir que ello pertenece a la estructura de estas criaturas. Por otra parte, sería difícilmente pensable, en

34 Cf. *Ibid.,* 424. Remito para esta cuestión a las páginas 434 y 435 de este mismo artículo.

35 Cf. STh., I, q. 22, a. 4 co.

> el estado actual del mundo material, el ilimitado subsistir de todo ser corporal individual. Podemos, pues, comprender que, si "Dios no ha creado la muerte", según afirma el Libro de la Sabiduría, sin embargo, la permite con miras al bien global del cosmos material[36].

Esto implica que Dios ha creado un mundo bueno, pero no acabado, sino en camino hacia su propia perfección, en evolución podemos decir. Este es el orden propio de la creación, en la que unos seres proceden de otros y la muerte de unos es vida para otros[37]. Aun así, Dios sigue ordenando cada uno de los seres y la totalidad hacia su propio fin. Accidentes, catástrofes, enfermedades, grandes epidemias pertenecen a este tipo de eventos que son posibles por la autonomía de las cosas contingentes y su imperfección. Sin embargo, no escapan al plan providente de Dios que en su sabiduría ordena todas las cosas a un bien mayor y al bien último. Son permitidas porque, de modo ordinario, Dios respeta el orden que ha dado a sus criaturas, pero no son provocadas por Dios si son causa de mal. Aun así, queda abierta la pregunta sobre el poder del mal en relación con la sabiduría divina y su amor. ¿Se limita Dios a tolerarlo o permitirlo?

La Tradición coincide en que si Dios permite el mal o lo tolera es porque de ese mal puede venir un bien mayor. Es inimaginable que la Providencia de Dios impidiese todos los males, pues eso impediría también muchos bienes[38]. Dios permite, por tanto, fallos o deficiencias particulares. Esto, no obstante, no permite justificar el mal como medio: si el fin no justifica los medios, querer positivamente el mal para un bien mayor no conviene a la santidad de Dios ni a su bondad.

Se deduce, pues, que la Providencia, aunque pueda sacar bienes de males, se ejerce en combate contra el mal. La acción de Dios tiende a minimizar el mal y sus efectos. Esto es más evidente en la Providencia sobre el hombre y en relación con el mal moral, el pecado, pero es extensible también con más cautela a lo que llamamos "males" físicos, donde la aplicación del término "mal" es, en algunos casos, discutible. ¿Es el dolor que avisa de la existencia de una enfermedad un mal? ¿Pueden llamarse males las destrucciones que

36 Juan Pablo II, *Audiencia General,* 4 de junio de 1986, 6.

37 Cf. *Ibid.*, 5.

38 Esta idea está presente en Santo Tomás, STh 1, q. 22, a. 2 ad 2, donde acude a algunos ejemplos: sin la muerte de algunos animales, el león no podría vivir o no tendríamos el testimonio de la paciencia de los mártires si no hubiese perseguidores.

causan los volcanes y los terremotos? No es cuestión ahora de responder a estas preguntas. Sólo sirven para precisar bien la afirmación de la Tradición: Dios no quiere positivamente ningún mal, aunque cuando sucede provee para obtener mayor bien.

Que Dios tolere el mal no significa que sea indiferente y pasivo frente a él. Su actuar en favor del hombre y su bien se ha mostrado plenamente en Jesucristo y, particularmente, en su pasión y muerte en Cruz, en la forma de asumir el sufrimiento y la muerte, para vaciar su veneno mortal y convertirlo, para todos, en fuente de esperanza. La cruz de Cristo es la última y más plena respuesta de Dios a los interrogantes que surgen del sufrimiento de los hombres, inocentes o no.

Lo es por varios motivos. Revela, en primer lugar, que –como ya se ha dicho– el amor de Dios a los hombres se ha hecho *humano* y ha querido compartir nuestro sufrimiento y nuestra agonía para poder hacerse presente, de modo misterioso y a menudo inconsciente, en el sufrimiento de todos y cada uno. Esto confirma la esperanza de que ningún sufrimiento caiga en tierra y quede desatendido por Dios. La fe nos asegura que el sufrimiento de los hombres es convertido por Cristo en ofrenda al Padre y que él abraza todo sufrimiento para sanarlo. Evidentemente, esto no garantiza que el hombre sea consciente de tal misterio y, por tanto, no asegura que todos los hombres puedan sufrir con esperanza. Esto último se encomienda, en cierto modo, a los creyentes llamados a dar testimonio con su propia forma de sufrir y de consolar a los que sufren que Cristo ha redimido el dolor asumiéndolo él mismo.

Revela también, en sí mismo, que el dolor es en muchas ocasiones, cuando puede ser realmente aceptado, ocasión de purificación y maduración de la persona. Hebreos dice que Cristo "llegó a la consumación" (se refiere con toda probabilidad al sumo sacerdocio) porque a través del sufrimiento aprendió la obediencia y así llegó a ser causa de salvación para todos (cf. Hb 5,8,10). Es evidentemente que esto no es dado inmediatamente a la conciencia en la pura experiencia del dolor, pero quien es capaz de resistirlo y de hacerle frente sale fortalecido y crece en humanidad y tal vez en compasión, abriendo el corazón hacia los que sufren. Esto es visible también en aquel que para poder compadecerse de nosotros fue tentado en todo como nosotros (cf. Hb 4,5). En la vida de Jesús, pero también –y sobre todo en su muerte y resurrección– se prueba "que Dios está al lado del hombre en su

sufrimiento; más aún, que Él mismo toma sobre sí el sufrimiento multiforme de la existencia terrena del hombre"[39].

En la perspectiva de la resurrección, victoria sobre la muerte, se abre también la esperanza de la gloria, a cuya luz el sufrimiento presente es transfigurado por la esperanza. Podemos decir por una doble esperanza: por la que afirma que el sufrimiento de ahora no pesa nada en comparación con la gloria que esperamos recibir (cf. Rm 8,18) y por la esperanza de que ese sufrimiento y dolor, unidos a la cruz de Cristo no sean inútiles, sino que tengan valor redentor y salvífico, como experimentó Pablo (cf. Col 1,24). Lo descubrimos en Cristo y lo comprobamos en la vida y el sufrimiento de muchos santos.

V. CONCLUSIÓN: ¿CÓMO PROVEE DIOS EN LA ACTUAL CONTINGENCIA HISTÓRICA?

Sin verificación existencial todo lo dicho hasta ahora sobre la Providencia se queda en bellas palabras. Si Dios provee realmente, eso significa que hay una palabra suya para cada generación y cada tiempo, pero también que se hace presente a través de su actuación inmediata y, ordinariamente, por medio de las causas creadas, particularmente por el medio del hombre, convertido en cooperador de su amor providente.

Creo, en primer lugar, que no nos es dado inmediatamente conocer con certeza lo que quiere Dios de nosotros a través de las cosas que pasan. Afirmar –como escuchamos tantas veces– que con una enfermedad o con un accidente o con una catástrofe, Dios quiere decirnos esto y aquello es temerario, fruto de una actitud que podemos llamar *providencialista*. Entiendo aquí por *providencialismo* la creencia de que todo lo que sucede es fruto de una voluntad positiva de Dios –ya hemos visto la falsedad de esta creencia– o creer que tenemos certeza de lo que Dios quiere decirnos a través de lo que sucede.

No podemos alcanzar certeza absoluta al respecto, aunque el Señor nos invita a escrutar los signos de los tiempos para saber cómo actuar. Al comienzo de este artículo decía que se trata de descubrir la presencia de Dios, en Cristo y el Espíritu Santo, en todo lo que sucede. Entonces, para concluir ¿dónde

39 Juan Pablo II, *Audiencia General* (11-VI-1986) 2.

está Dios y cómo actúa en la historia actual de la humanidad tan sometida a numerosas pruebas y especialmente la pandemia?

Sin duda, tras todo lo dicho, podemos coincidir con el P. Rainiero Cantalamessa cuando, en la homilía de los Oficios del Viernes Santo de 2020 afirmó: "Dios no es aliado del virus, Dios es nuestro aliado". Dios está presente y actuando, por causas segundas, en todos aquellos que de un modo u otro están luchando contra la enfermedad y contra la muerte. Está presente inspirando a los científicos y a los médicos, sosteniendo el valor y la entrega de los sanitarios, en la generosidad y entrega de todos cuantos se han ofrecido para mitigar los estragos, en el testimonio de humanidad de muchos y en el testimonio de fe de muchos cristianos de cualquier estado eclesial. Dios no está como causa de muerte instigando el virus y su propagación como castigo de una humanidad pecadora, está luchando con nosotros y por medio de nosotros para remedio.

Para la Iglesia, sin embargo, esta certeza no debe bastar. La pandemia y todas sus trágicas consecuencias que, ciertamente, se presentan para muchas conciencias como un obstáculo para su fe –paradójicamente para muchas otras es ocasión de un acercamiento a la misma–, es para la Iglesia una llamada a evangelizar en el pleno sentido de la palabra: Estar cerca, acompañar, anunciar el Evangelio y llamar a la conversión, iniciar en la vida en Cristo y transformar la tierra implantando el Reino de Dios y su justicia.

Si Dios provee contra el mal con la cooperación del hombre, entonces la Iglesia tiene que afirmar más que nunca el amor de Dios y su misericordia que nos llama a la vida eterna. La predicación de la vida eterna, tan olvidada tantas veces en una Iglesia que tiende a acomodarse al espíritu de los tiempos, es siempre necesaria y ahora urgente para que no se pierda de vista, para que no desaparezca de la conciencia de los hombres, la certeza de que todo tiene sentido si consideramos la meta. Si la Providencia divina supone esta ordenación de todo para que alcance su fin propio, entonces los cristianos debemos mostrar de todos los modos posibles cuál es este fin último: la bondad de Dios que quiere hacernos hijos suyos. De este modo se evangeliza el dolor y el sufrimiento, acompañándolo con misericordia y compasión y revelando un modo de vivirlo que trascienda y comunique esperanza.

La pandemia es un signo claro de la fragilidad humana, de esta debilidad que se muestra tan palmariamente en un mundo que tiende a enorgullecerse vanamente de sus propios logros. Para nosotros, es ocasión de mostrar que esta

fragilidad del hombre es sostenida por la oración. Ciertamente, la confianza en la investigación científica y técnica es un modo de alabar la sabiduría del Creador y del Padre providente, pero, en ocasiones, parece que los cristianos también la hemos depositado, casi exclusivamente, en el poder de los hombres. Es una ocasión para redescubrir y defender el valor de la oración y de la súplica, de la confianza en la acción de Dios que viene en nuestro auxilio.

La verdad del amor de Dios que ha cargado sobre sí nuestros males para hacerlos suyos y así redimirlos es para muchos difícil de creer. Resultará creíble si el testimonio de los cristianos es, en este mismo sentido, com-pasivo, si los creyentes, sin ceder a la tentación del miedo o de la autopreservación, comparten de verdad las alegrías y las penas, los dolores y los gozos, por citar el comienzo de *Gaudium et Spes*.

Si la Providencia revela de algún modo el orden propio de las cosas y su último fin, la Iglesia tiene también la misión de mostrar la fuerza del pecado en todo lo que está sucediendo. No es, insisto, que pueda interpretarse la pandemia y su poder destructivo de modo inmediato con el pecado propio. Pero sí es verdad que el poder destructivo de la pandemia parece encontrar una colaboración eficaz en estructuras de poder, de distribución de la riqueza, de injusticias globales que sirven al pecado. Por eso resulta providencial que en medio de la crisis de la pandemia se haya publicado *Fratelli tutti*, de Francisco. Destaco lo esencial en relación con nuestro tema: si algo ha revelado la pandemia es lo que hoy llamamos globalización, con sus aspectos positivos y negativos... es lo que la Iglesia ha llamado en su Tradición la unidad del género humano. Que todos formemos una sola humanidad bajo un solo Creador y llamados a la comunión con un Dios uno tiene consecuencias muy concretas para ordenar las relaciones humanas, interpersonales y entre los pueblos, a la luz de esta verdad.

La pandemia es una ocasión extraordinaria para que la Iglesia anuncie su doctrina social sin complejos y las consecuencias prácticas de fraternidad, amistad social, relaciones internacionales basadas en la justicia y en la fraternidad, etc. La pandemia se convierte así en un signo de los tiempos que revela de un modo dramático que todos somos uno y esa unidad hunde sus raíces en nuestra común condición de criaturas llamadas a la filiación divina.

Es también, a mi modo de ver, una llamada a que la Iglesia permanezca firme en la defensa de la dignidad de toda vida humana sea cual sea su condición económica, social, cultural, sanitaria, haya donde haya nacido. Defender

la dignidad de la vida humana es defender su derecho a nacer y su derecho a ser tratado como un ser humano hasta la muerte; es también defender la dignidad de la vida en su existencia real, la dignidad del trabajo, la plena validez de los derechos humanos, las condiciones económicas y sociales. Puede que la afirmación de una igualdad plena suene utópica, pero la Iglesia debe marcar que ese es el horizonte al que debemos caminar.

Precisamente porque afirma esta dignidad sagrada de todo hombre, la Iglesia puede dirigirse a todos los hombres, a los débiles y a los fuertes, a los que sufren y a los que parecen triunfar... Es un tiempo en el que urge indicar qué es lo que hace grande y digna de ser vivida la vida de los hombres: el amor que se traduce en misericordia, en abajamiento a imitación del amor de Dios.

En definitiva, este mal "tolerado" por Dios (la pandemia y las otras crisis que provoca) lo es porque puede obtenerse un bien mayor. Este "mayor" bien está encomendado a nuestra búsqueda. Vivir providencialmente esta situación es buscar qué bien real podemos sacar de esta circunstancia. Este bien *mayor* se dará también por la cooperación de todos los hombres, pero de un modo especial debemos asumirlo los discípulos del Señor llamados a ser sal y luz (Mt 5,13-16). En definitiva, llamados a ser el rostro vivo de la Providencia del Padre, cumpliendo fielmente la misión que se nos ha encomendado, sin olvidar ninguna de sus dimensiones: "haced discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el final de los tiempos" (Mt 28,19-20). Esta misión incluye, según Marcos echar demonios, hablar lenguas nuevas, sanar enfermos (cf. Mc 16,17-18).